

"Espero que la novela en la que estoy trabajando no sea la última"

La vida te cambia, te apalea, pero yo no me doblego ni que caigan rayos

"Si ganara el Cervantes daría saltos"

La autora de 'Pequeño teatro', figura esencial en la novela española de posguerra, suena con fuerza para el gran premio de las letras españolas. Con nuevo libro en cartera, 'La puerta de la luna', recorre en esta entrevista su vida y su obra

ROSA MORA Barcelona 16 NOV 2010

Frágil, pero llena de energía, Ana María Matute celebra estos días la aparición del libro que reúne sus cuentos. La puerta de la luna. Cuentos completos (Destino) da cuenta de su inmenso quehacer literario. Incluye además escritos cortos y artículos periodísticos, que escribió para la revista Destino, algunos de ellos hermosos relatos. Son textos publicados entre 1947 y 1998. El prólogo a cargo de la especialista María Paz Ortuño Ortín fija minuciosamente el trabajo de Matute. La escritora está harta de que las biografías le quiten un año. "Estoy cansada de repetirlo: tengo 85 años, nací en 1925 y no en 1926 como se emperran en decir".

Pregunta. Tenía 17 años cuando escribió la novela Pequeño teatro y un par de años más cuando la llevó a Destino. ¿Cómo logró vencer su timidez?

Respuesta. Iba a por todas. He escrito desde los cinco años. Pensé que Destino era la mejor editorial. Fui tres o cuatro veces, pero el director, Ignacio Agustí, siempre estaba ocupado. Un chico joven que trabajaba en la editorial me dijo "ven tal día y a tal hora y te haré pasar". Fue la confabulación de los jóvenes. Yo temblaba como un flan, pero Agustí fue muy amable. Me dijo que la pasara a máquina y que la leerían. Yo la llevé escrita a mano en uno de esos cuadernos con tapas de hule negro que se utilizaban entonces.

P. Supongo que la mecanografió a toda pastilla.

R. A toda velocidad. La llevé a la editorial y dos semanas después me encontré en la calle con Ignacio Agustí. Me llamó "señorita Matute" y me dijo que estaban asombrados. "¿Cuántos años tienes?", me preguntó. "Diecinueve", dije. "Pues ven con tu padre para que firme la autorización". En aquellos años los padres o los maridos tenían que autorizarlo todo. También me pidió que le llevara algún cuento para darme a conocer literariamente en la revista Destino.

P. ¿Se lo publicaron?

R. Sí, enseguida. El primero que apareció fue El chico de al lado. Me emocioné tanto que compré cuatro ejemplares del semanario. En 1948, Los Abel quedó finalista del Premio Nadal. Agustí me dijo que la veía más madura que Pequeño teatro. Ganó Delibes con La sombra del ciprés es alargada. Quedar finalista detrás de Delibes fue todo un honor. El Nadal fue una bomba para lanzar autores y se lo inventó Ignacio Agustí.

P. ¿Qué pasó con Pequeño teatro?

R. Me la llevé a casa y al cabo de unos años la presenté al Planeta, en 1954. Ganó.

P. En La puerta de la luna aparecen todos los temas que le interesan y que hemos leído en sus novelas: la infancia, la injusticia social, la incomunicación, la incompreensión y el bosque. El bosque siempre está presente en sus historias.

R. El bosque es fundamental. La naturaleza y yo nos entendemos bien. Pertenezco al bosque.

P. La guerra y la posguerra también aparecen como trasfondo en muchas de sus obras.

R. Tenía 11 años cuando empezó la guerra. Terrible, bombardeos, crueldades y barbaridades por ambos lados. Y luego la posguerra, que también fue suculenta. Se prolongó demasiado por culpa de aquella bestia parda que vivía en El Pardo...

P. Ha ganado un montón de premios: dos nacionales de Literatura Infantil, un Nadal (Primera memoria), un Nacional de Literatura y el de la Crítica (Los hijos muertos), el Nacional de las Letras, un Ciudad de Barcelona, un Café Gijón, un Terenci Moix...

R. No escribo para ganar premios, gano premios porque he escrito libros.

P. ¿Le gustaría ganar el Cervantes, que se entrega la próxima semana?

R. Claro que me gustaría ganar el Cervantes. Si lo ganara daría saltos de alegría, bueno, saltos espirituales... [Muestra la muleta que utiliza para andar].

P. Tiene usted una mala salud de hierro.

R. He pasado por el quirófano 11 veces, me he roto el fémur. Soy frágil, pero estoy llena de energía. Ya lo decía el médico de pequeña: "Esta niña es frágil, pero sana". Soy Sanamaría... je, je, je, qué burra soy, ya estoy diciendo burradas.

P. Tuvo usted una producción literaria extraordinaria en los años cincuenta y sesenta.

R. Me casé con aquel espécimen [su primer marido] y pasamos verdaderos apuros económicos. La Matute se convirtió en el sostén de la familia. Solo entraba en casa el dinero que ganaba yo. Me levantaba a las seis de la mañana, ¡qué horror!, cuando ahora tengo que levantarme a las diez me parece que es la madrugada. Escribía un cuento semanal para la revista Garbo, para Destino, novelas, relatos. Mi vida ha sido, es, la literatura y mi hijo. Al revés, mi hijo y la literatura.

P. Consiguió separarse del "especimen", como usted dice.

R. En esto sí que fui una verdadera heroína, eran los años cincuenta cerca de los sesenta. Sufrí mucho. Automáticamente le dieron la custodia al padre y estuve sin mi hijo dos años y pico. Lo único que me salvó es que mi suegra y mi cuñada, muy buenas personas, me dejaban verlo los sábados. Al espécimen no le interesaba tener el niño, se lo pasó a su madre, solo lo hizo para chincharme.

P. Su vida no ha sido fácil.

R. He vivido momentos terribles. La vida te cambia, te apalea bien, pero yo no me doblego, ni que caigan rayos y tormentas. También he vivido momentos maravillosos. Con mi segundo marido fui muy feliz. Cuando llega el desánimo siempre me digo "p'alante Matute, no para adelante, no, p'alante Matute".

P. Usted siempre tiene proyectos. Seguro que está ya con una nueva novela.

R. Sí, pero no quiero hablar de ella, porque aún no sé en qué época la ambientaré. Espero que no sea la última.

P. Cuando publicó Paraíso inhabitado, en 2008, ya dijo que era la última.

R. Me entrego tanto cuando escribo algo que lo hago pensando siempre que es lo último.

P. ¿Y memorias?

R. Nunca escribiré memorias, solo pensar en las fechas me da pavor. Tendría que consultar tanto, uff.

P. ¿Le disgusta recordar el pasado?

R. No es eso. Pero me llega la etapa en que la memoria flaquea. Si pierdes la memoria, pierdes la vida, es como si no hubieses vivido y a veces me cuesta tanto vivir...

ENTREVISTA 1

La Vanguardia (19/06/1998)

“Yo me he caído de alguna galaxia”

Señora académica, ¿ve a menudo a su colega Cela?

Alguna vez nos cruzamos en la Academia, tomamos un café...

¿Qué le parece la que ha liado al hablar del centenario de Lorca?

No hablaré de eso. Yo sólo hablo de literatura

Ah. Pues, ¿qué le parece la literatura de Cela?

Me parece un gran escritor

¿Y qué le parece como persona?

Quiero mucho a Cela. En el fondo, es intrínsecamente bueno. En un momento terrible de mi vida, hace muchos años, él y su primera mujer, Rosario Conde, fueron para mí como un padre y una madre. Fueron los únicos que me ayudaron. No lo olvido. Soy agradecida y no diré una palabra contra Cela.

Lo que dijo sobre Lorca y los homosexuales...

...

¿Qué significa Lorca para usted?

Yo tenía ocho años cuando, un día, en el colegio, antes de la guerra, una maestra nos trajo un poema. Era de Lorca, aquel de “la Luna se fue a la fragua”. ¡Me impresionó! ¡Era tan diferente a todo! Cuando lo mataron, me estremecí. Era una figura extraordinaria.

¿Por qué fue terrible el pasaje de su vida al que aludía?

Prefiero no hablar de ello.

Pues volvamos a la Academia. ¿Qué tal está ahí, como única mujer entre hombres?

Es un lugar muy agradable con gente muy agradable. Me dicen que estoy ahí por mis méritos, no

por ser mujer. Pero yo esto allí como en todas partes: sin saber muy bien por qué. Yo me he caído de alguna galaxia.

Me parece que se siente usted de otro mundo, más que de éste.
Sí. Desde niña me sentí en otra parte: veía el mundo como desde un palco, nunca desde dentro. Yo era una niña con muchos miedos, era tartamuda...

¿Y cómo se curó?

Me curaron los bombardeos de la guerra. Mis padres, mis hermanos y yo nos cogíamos de las manos y nos pegábamos a la pared maestra, a ver caer las bombas alrededor.

Habría también momentos gratos...

Había un castigo que consistía en encerrarme en un cuarto oscuro. ¡Pero para mí era muy agradable! Allí dentro yo vivía una vida agradable. Los contornos de los armarios cambiaban de forma, la realidad se transformaba...

¿Vive usted todavía en su infancia?

A mí me empujaron fuera de la infancia, pero algo de mí sigue allí. La infancia no es una etapa de la vida: es un mundo completo, autónomo, poético y también cruel, pero sin babosidades.

Cuándo llega la noticia de que un niño ha matado a otro, ¿qué piensa?

Me da pena, porque significa que no hemos avanzado nada. Siempre ha habido niños que han matado. Estamos como en el siglo X.

Como en “Olvidado Rey Gudú”, su última y muy vendida novela.

Las ideas y las ideologías pasan y mueren. Lo que no cambia son los sentimientos: el ansia de poder, la envidia, los celos, el odio, el amor... Son hoy igual que en el siglo X, y todo eso está en mi novela, con forma de cuento de hadas.

Aunque con personajes más brutos.

Ay, hijo, ¿no conoces tú hoy a gente de apariencia muy fina pero que son bestias increíbles? Yo sí, yo sí, yo sí.

¿Ha sido usted cruel alguna vez?

Cuando me enfado puedo decir cosas muy crueles de las que me arrepiento mucho luego...

¿Por ejemplo?

Una vez, de niña, le dije a un niño que no le quería, y era mentira. No iba a volverle a ver. No sé por qué lo dije, pero aún pienso en él a menudo...

¿Tiene sentido de culpa? ¿Reza?

Rezo cada noche a mi ángel de la guarda, que aún no sé cómo se llama. Busco su nombre hace años. Yo fui católica, luego me hice atea, pero eso era muy poco divertido... y, bueno, ahora me lo amaño a mi manera.

¿Cree en la vida en el más allá?

No puedo creer que mi parte no corruptible acabe con el resto. Necesito y deseo creer que eso perdura, no sé cómo ni dónde.

Perdura en los libros, ¿no?

La verdad es que “Olvidado Rey Gudú” es el libro que desde niña quise escribir, y ahí está todo lo que soy, está Europa, la cultura de la que vengo.

¿La Europa de Maastricht?

Cuando oigo hablar de eso me suena rarísimo. Dicen: “ahora que somos europeos”. Oiga, eso usted: yo he sido europea siempre, desde que leía a Andersen de niña.

¿A qué parte de Europa viajaría este verano?

He viajado ya tanto... Hijo, lo que me gusta es quedarme en casa, en ese sillón, haciendo el crucigrama de La Vanguardia, de Fortuny. Dígale que me lo paso fenomenalmente, que es un cachondón. Son difíciles, pero he cogido el tranquilo y los saco.

(Entrevista de Víctor-M. Varela)



© José M^a Alguersuari

ENTREVISTA 2

ABC (5/08/2002)

“Yo no vivo, floto”

¿Qué historia habita su “Paraíso inhabitado”?

Es una novela que estoy empezando y que no he podido continuar por el percance que he sufrido en mis manos. ¡Y esa historia no es un cuento!, como se ha dicho. Es una historia que contiene un gran amor y que transcurre durante el tiempo de la Guerra Civil. No es una novela sobre un amor en la Guerra Civil: lo que pasa es que se desarrolla en los años de la contienda. Hay un elemento de amor muy importante, un gran amor, pero hay otras cosas muy importantes.

La literatura es magia para usted. ¿Cómo encanta a las letras?

La literatura es mágica, todo es mágico, la vida es mágica. No perder la inocencia. Todo el mundo tiene imaginación. La literatura es el sentido mágico de la vida. Hay una magia en la vida que la gobierna y existe. No existen las casualidades, ni los encuentros o desencuentros. Es la magia.

¿Le interesa la política?

Yo no hablo de política. Tengo mis ideas pero en cuanto se me hace una entrevista a mí se supone que es literaria; no tiene nada que ver con la política.

¿Y el compromiso?

¿Cuál? ¿El de escritor? El que lo siente, que lo haga y que lo tenga. Yo no lo siento porque yo ya no creo más que en el Rey Arturo. He pertenecido a la generación de los 50, donde todo el mundo tenía un compromiso político muy fuerte y después lloraron todos y dijeron que no, que aquello no era, ¿no? Yo siempre he estado al margen. Pues eso: yo no vivo, floto.

¿Se puede ir y ser una francotiradora en el ferragosto literario que corre?

Siempre he sido una mujer que ha vivido a mi aire y si Dios lo permite, que creo que sí lo va a permitir, hasta que me muera viviré a mi aire. Y al que le guste, bien, y al que no, pues nada, carretera y manta. Mire, acabo de cumplir 76 años y tengo más proyectos. Los guardo dentro, pero en larva, Si tengo tiempo escribiré algunas memorias mías, aunque no todas.

¿Qué piensa cuando la crítica tilda su literatura como “fantástica”?

No sé lo que es la literatura fantástica. Yo no hago literatura fantástica. Yo hago literatura mágica. Literatura fantástica, excelente, maravillosa y que me encanta es, por ejemplo, la de Tolkien. Lo mío no tiene nada que ver con la literatura fantástica.

Hace unos días se presentaba “El castillo del espectro”, que recopila relatos de escritores realistas españoles que en el siglo XIX se aventuraron en el género fantástico. ¿Por qué en España no ha habido esa tradición de literatura? ¿Por qué no hemos tenido a ese gran autor en torno al cual se desarrollara lo fantástico?

Fíjese usted qué pena, porque se echa de menos en la literatura española eso. Y yo no lo practico. Cualquier literatura europea tiene esta vertiente y además de muy apreciada y respetada. Aquí, como somos tan machitos y tan majos todos, y tan buenos y tan viriles, pues resulta que este tipo de literatura no la entendemos, etc, etc.

¿Qué literatura se hace en España o se entiende?

Ah, yo qué sé, yo no soy ni estudiosa ni crítica literaria ni nada. Por lo que yo conozco, por la gente joven, creo que cada uno va a su aire. No hay grupitos, no hay tendencias y si las hay no me he enterado.

¿Es demasiado realista la ficción, hoy?

No, ¿por qué va a ser demasiado? Cada uno escribe su realidad. A mí, por ejemplo, me parece absolutamente irreal la mentalidad de un director de un banco. ¿Me entiende? Para mí eso es irreal; no tiene nada que ver con mi realidad. Cada uno tiene su realidad.

¿Está satisfecha con las reediciones que se han hecho de sus libros?

Reediciones siempre se han realizado. Nunca me he comido un solo libro. Yo no he sido nunca una “best-seller”, pero mis libros siempre se han reeditado. De las nuevas (si se refiere a ellas) le confesaré que algunas no me han gustado mucho, como “Olvidado Rey Gudú”, que se ha reeditado en dos volúmenes (cuando yo lo concebí todo en un volumen único) con portadas espantosas que no tienen nada que ver con mi libro. Recuerdo que una vez le firmaba uno de esos dos volúmenes a una señora y le dije que no iba a entender nada porque le faltaba el otro volumen y la obra es un todo.

¿Alguna vez ha salido de su mundo mágico para visitar otros?

Hombre, yo soy una mujer que vivo en este mundo, y en este mundo cabe la magia. He escrito novelas llamadas “muy realistas”, pero siempre hay un elemento mágico en todo lo que he escrito, desde “Pequeño teatro” a “Los Abel”, “Primer memoria”, “Fiesta al noroeste” o “Luciérnagas”, aunque sean considerados por los sesudos críticos como literatura realista.



(Entrevista de Antonio Astorga)

© Ana Bolívar

ENTREVISTA 3 ABC (25-6-2000)

«Yo me siento Alicia, siempre atravesando el espejo»

Ana María Matute está a punto de cumplir setenta y cinco años, pero ella sabe que la edad interior no se corresponde con las cifras del tiempo. Nuestra más joven escritora, tras ese maravilloso triunfo que ha sido «Aranmanoth», ahora se dispone a descansar. No hacer nada: ese es el mayor placer de Ana María Matute, la abuelita ideal de nuestros cuentos.

-¿Le preocupa estar perdiendo capacidades físicas?

-Claro. ¿A ti no te preocuparía?

-A mí mucho.

-Pues a mí también. Pero afortunadamente se puede hacer un remiendico. Primero me voy a operar de cataratas, y después me voy a comprar un aparatito de esos para oír mejor. Hoy día hay bastantes soluciones, un poco postizas pero que valen.

-Usted, que siempre ha sido niña interior, ¿cómo le preocupa el estar envejeciendo por fuera?

-Tampoco me preocupa tanto. Mientras me sienta bien, que me siento bien; mientras tenga la cabeza tan mal como siempre, estoy contenta. Envejecer por fuera es algo que debe de ser. Sería innatural que a los setenta y cinco, que cumpliré en julio, tuviera el aspecto de una chica joven. Eso no ocurre, y además es que a veces ves gente que parecen conservados en alcohol, y creo que es normal, y además mira, te voy a decir una cosa: esto de envejecer no está tan mal, ¿sabes? Primero, te liberas de muchas preocupaciones que tienes de parecer y tal; cuando llegas a cierta edad, la gente ya sabe que eres una persona mayor, que tienes tus achaques, que tienes tus arrugas, el cabello blanco, y no por eso noto que me desprecie la gente. Al contrario, quizá me tratan incluso con más cariño, lo cual me parece muy bien porque siempre he querido que me quieran, que me cuiden y me mimen, y no siempre lo he conseguido. Y luego, piensa una cosa: que la juventud está muy bien donde está. Es maravillosa cuando la vives y la aprovechas bien. Yo la he aprovechado todo lo que he podido, la he apurado, la he vivido muy intensamente, pero llega un momento en que la vas perdiendo. Sin embargo, lo que la vida te quita con una mano, te lo da con otra. Hay que saberlo ver. Y por ejemplo, hay cosas que no me apetecían cuando era joven, y ahora me apetecen. Por ejemplo, valoro mucho los pequeños placeres. Por ejemplo, sentarme en una terraza con unos

amigos, pedirme una cerveza y que me traigan el vaso empañado, con una gotita que cae, y tomármelo con mis amigos apurándolo, y hablando de lo divino y del infierno y de la tierra, me encanta. Cuando era joven, también, pero de otra manera. Cuando uno es joven, se come la fruta verde, ¡y da unos cólicos! Y cuando se llega a mi edad, se la come uno en sazón. Y está muy bien.

-Cuando era una niña que leía cuentos donde son los ancianos los que cuentan las historias, ¿se imaginaba anciana?

-No me acuerdo, pero siempre me ha apasionado la idea de la abuela, toda rodeada de niños, contando cuentos. Abuelita no soy, pero soy tía en primer y segundo grado, y tía abuela, y eso de que cuando yo llego a la casa de algún amigo o de quien sea y vienen todos los niños, "cuéntame un cuento, cuéntame un cuento", eso a mí me llena de felicidad.

-¿Hay algún momento en el que se despierta y dice: "¡Ah, ya no soy joven!"?

-No.

-¿Ningún momento en el que se diga: "Ya he crecido"?

-No, nunca creceré. Desgraciadamente, siempre tengo una decepción. Cada día, cada mes. Siempre hay decepciones; siempre ocurre algo que tú no te esperabas que ocurriera; algo que te duele, que te sorprende, que te llena de estupor. Creo que eso me demuestra que no he crecido tanto, que por dentro todavía tengo aquella niña de doce años que le pegaban unas enormes tortas: morales, claro.

-¿Cómo es el recuerdo de su infancia personal: positivo, negativo?

-En conjunto, positivo. Mi infancia fue muy rica. Lo pasé muy mal en algunos momentos, pero creo que como todos los niños. Los niños viven muy intensamente su infancia, y la infancia es muy importante. Yo digo que la infancia es más larga que la vida, y es verdad. Fíjate que tú te acuerdas de muchas más cosas de cuando eras niño que de cuando eres una persona adulta. La infancia marca de manera definitiva. En conjunto, creo que la mía fue positiva, porque hay que sufrir también. Y no es que yo sea una apologista del sufrimiento en el sentido falsamente cristiano, sino porque enriquece. Lo que no enriquece nunca es el dolor físico, eso no. Eso que te dicen: "Sufre, sufre; ya verás cómo te enriqueces". ¡Que se enriquezca tu padre! Así no me gusta enriquecerme. Y tampoco con un sufrimiento demasiado fuerte, porque aniquila y hace tanto daño como el físico; pero, que te den de cuando en cuando una buena bofetada moralmente, te abre los ojos y te enseña a vivir. Y además también te enseña a que eso no hay que hacerlo con los demás.

-¿Es posible que la mayor bofetada que haya recibido haya sido el que la hayan separado de su hijo?

-Sí. Evidentemente. Yo lo veía los sábados nada más, y fue muy duro para mí.

-¿Cómo fue eso? ¿No era algo insólito en aquella época?

-No, era algo normal en aquella época. La separación la inicié yo, no él. Cuando tú te separabas entonces, automáticamente le daban la custodia al padre, al revés que ahora. Y no había nada de este régimen de visitas, manutención, pasar la pensión... De esto nada. La mujer que tenía el rostro de separarse de su marido tenía que pasar muchas cosas. Primero, demostrar que era una mujer como Dios manda: como Dios manda según ellos, claro. Lo que ocurría generalmente era que el marido, cuando le decían que el hijo se quedaba con él, decía: "No, no; que se quede con mi mujer". Y se arreglaba así. Pero en mi caso, con tal de joderme, pues no. Yo podía no haber visto a mi hijo no ya un solo día, sino nunca. Pero yo tenía una suegra muy buena, que en esto se portó muy bien, y me dijo: "Mira, Ana María; tú puedes verlo los sábados". Y yo lo veía los sábados, me lo llevaba, y así estuvimos dos años y pico.

-Cuando se separaron, ¿qué edad tenía su hijo?

-Ocho años.

-¿Y hasta los once estuvieron en ese plan?

-Sí, y después, cuando me dieron la separación, me ofrecieron irme a Estados Unidos, y yo me fui ya con él tranquila y feliz. Mi hermana María Pilar, que siempre será la misma, tuvo que ir a jurar a la Curia, porque esto lo llevaba la Iglesia, y le pregunté: "¿Qué has dicho?" Y me dijo: "La verdad; que era un santo". Pero no lo dijo; era broma. Y a mí me dijeron: "¡Arrodílese!". "No, no puedo". "¿Por qué?" -las caras cerúleas de onanistas-. Digo: "Pues no, porque tengo las rodillas muy frágiles". "Ah, bueno". ¡Les sorprendí tanto! Tenías que ir allí, y exponer, y así dos años y medio hasta que me dieron a mi hijito y el abogado me dijo: "Ya está. Ya tienes la patria potestad. Lo tienes todo. Puedes hacer lo que quieras". Fue una alegría...

-¿Su marido no hizo nada por retener a su hijo?

-Hombre, claro; todo lo que pudo; pero no. Perdió el juicio, le quitaron la patria potestad y me la dieron a mí.

-¿Se llevó a su hijo y lo educó en Estados Unidos?

-No. Al principio estuvimos sólo un año y luego regresamos aquí, y se educó aquí. Después sí volvimos más veces. pero te advierto una cosa: habría preferido que se hubiera educado allí, porque aquí los colegios eran espantosos entonces. Aquí imperaba el nacionalcatolicismo. Luego él ya se fue por su cuenta a Estados Unidos y se hizo piloto, pero fue mucho más tarde. Contemporizó España con Estados Unidos.

-Usted, en cambio, ¿se sintió desarraigada?

-Yo soy una desarraigada nata. Yo voy conmigo a todas partes. Mi mundo soy yo, mis sueños. Cuando voy a un país o a cualquier sitio, yo lo transformo en lo que a mí me interesa, y dejo lo que no me interesa: no lo veo.

-Pero su literatura, sobre todo la de los años sesenta, no es que esté dentro del realismo social pero...

-Ya sé lo que quieres decir: es que eso abarca lo que a mí me interesa. Me interesan los problemas sociales, los problemas de injusticia. Está dentro de todos mis libros. Se ve claramente que estoy preocupada por el ser humano, por la fragilidad del ser humano, por la facilidad con la que puede ser atropellado. Eso me indigna, me subleva, y está en todos mis libros.

-¿Por qué da tantas conferencias? ¿Por qué Ana María Matute es una mujer que está tan en contacto con sus lectores?

-Siempre lo he hecho. He dado conferencias muchas veces. En Estados Unidos he dado conferencias de costa a costa, en todas sus universidades. He pasado semestres, cursos, "impartiendo clases", que está mal dicho. Aquí lo hago ahora quizá más porque, claro, después de lo de "Olvidado Rey Gudú" es constante. Y hay muchas que digo que no, pero... Porque quien te invita te inspira simpatía, consideras que está bien... Y luego, porque me pagan estupidamente.

-Bueno, eso no lo pondré.

-No, hazlo. Somos humanos. Que yo no vivo del aire, ¡eh! Yo no escribo para ganar dinero, pero si escribo y tengo que comer, es mejor si me pagan.

-Ahora que es una autora resucitada para la Literatura, ¿cómo ve su periodo de casi quince años sin escribir?

-Mal. Sufrí mucho. Y luego, cuando ya salí de la depresión, seguía sin ganas de escribir; hasta que un día me di cuenta de que era una tontería, porque en verdad yo lo pasaba muy mal si no escribía. Y entonces escribí "Sólo un pie descalzo", y con lo primero que sale después de tantos años me dan el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, y esto me estimuló también mucho. Y volví a entrar dentro del clima de ser un autor, tener contacto el público (el poco que tienes), y eso. Pero lo recuerdo con pena: "¡Cuánto tiempo perdido, Dios mío!". Ahora, no podía hacer otra cosa.

-¿La depresión comenzó en el año 71?

-No me acuerdo; a mí no me preguntes por fechas porque me hago un lío.

-¿Fue después de salir "La torre vigía"?

-No; más tarde: en el 73 ó 74.

-¿Cómo fue llegando la depresión?

-Eso es muy difícil de explicar, y yo prefiero no hablar de eso. Es muy doloroso. Es horroroso. Y, sobre todo, yo tuve una depresión de las malas: de las que no sabes por qué. Era la mujer más feliz, tenía al hombre que he amado más en mi vida; vivía con mi hijo, que me había costado tanto; tenía un trabajo, tenía éxito... y, de repente... ¿Tú has leído un libro de William Styron que se llama "La visible oscuridad"?

-No, no lo he leído.

-Pues léelo. Te lo explica perfectamente. Es un escritor también y le pasa lo mismo. Es una cosa impresionante. Son muy malas esas depresiones. Cuestan más de superar que las que tienen un origen conocido, la razón que sea. Pero esta fue muy dolorosa.

-¿Nunca ha utilizado la depresión como motivo literario?

-No. No me atrae. Nunca he escrito nada, excepto "El río", autobiográfico. Nada de lo que pasa en mis libros es algo que me haya pasado a mí. Nada excepto en "El río", que son recuerdos de mi infancia en La Rioja. Prefiero inventar, prefiero investigar el ser humano antes que ponerme yo en el centro.

-¿Hay algo en sus libros que quiera contar y a lo que crea que el lector no termina de llegar?

-Yo siempre tengo ese temor, pero vaya... Luego, hablando con mis lectores, contigo mismo, veo que hay gente excepcional que llegáis muchísimo. Pero, a veces, cuando hablo de un libro mío con alguien, sí te quedan zonas de las que piensas: "No se ha dado cuenta de esto". Pero también pienso que a lo mejor yo no lo he explicado lo suficiente, pero luego ves que sí hay otro que lo ha entendido. El primero quizá ha visto otras cosas, o sí las ha visto pero hablando conmigo en aquel momento le han interesado otras. No me preocupa demasiado eso, sinceramente. Me preocupa más que comprendan y entiendan el conjunto de lo que he querido hacer, más que momentos.

-En sus obras, los personajes están abocados a la pérdida de la inocencia. Salvo excepciones, los coloca en ese punto del abismo en que o lo saltan o se hunden.

-Es la isla. Perder la isla.

-¿Cómo es esa pérdida de la isla, de la inocencia? Y lo pregunto a la escritora y a la persona.

-¿Qué quieres que te comente? Es una pérdida muy dolorosa también, porque de repente un día te das cuenta de que hay algo que se ha acabado para siempre, y empieza otra cosa que no te acaba de gustar. Que te da miedo, además: ¡Como yo no puedo en este sentido apartar mi vida de lo que yo he escrito...! La pérdida de la inocencia es inevitable, lo que pasa es que unos la pierden más y otros la pierden más. Pero es inevitable, porque le pasa a todo el mundo... A todo el mundo que ha sido niño, porque yo conozco personas que no han sido niños nunca.

-Por eso preguntaba al principio acerca de la edad: la diferencia entre la edad interna y la externa.

¿Cómo se produce en usted la pérdida de la inocencia?

-Muy tarde. Yo mantuve mi inocencia hasta casi los dieciocho años. A partir de los dieciséis, diecisiete años, empecé a perderla, pero la mantuve bastante tiempo. Con pequeñas pérdidas, claro.

-¿La echa de menos?

-No lo sé, porque la vida es perder cosas. Se compone de una cadena de pérdidas sucesivas. Pues sí, se echa de menos, pero también uno comprende que, si no, te puedes convertir en un pequeño monstruo. Va con la vida, aunque algunos seamos más reacios a incorporarnos al mundo. Ahora, yo te voy a decir una cosa: todas las mañanas, cuando me despierto, me cuesta mucho incorporarme al mundo. Muchísimo. No te lo puedes imaginar.

-Es curioso, porque muchos lectores acuden a sus libros, sobre todo a los últimos, como a un asidero de inocencia. Y sus últimas obras, sobre todo "Aranmanoth", son de un dramático y de un desgarrador enorme. ¿Teme que la gente, con sus últimos libros, se quede solamente en el elemento fantástico?

-Hombre, tengo mucha confianza en el buen lector. El buen lector se da cuenta de lo que es. Pero el que esté buscando el elemento fantástico en este libro, va dado. Es muy importante, pero no es lo más importante. Pero nunca me he planteado esto, porque yo creo en el buen lector. Hasta ahora, la experiencia que tengo de la gente que ha leído "Olvidado Rey Gudú" o "La torre vigía", los ha captado muy bien.

-Pero recordando alguna de las críticas que se escribieron acerca de "Olvidado Rey Gudú", temo a ese tipo de lector que coja un libro de estos, "Aranmanoth" por ejemplo, y diga: "Ah, una fábula mítica".

-Es que no se lo han leído. Sencillamente, no se lo han leído. Lo han mirado por encima, pero no se lo han leído, y dicen: "Ah, una de esas cosas de la Matute para niños".

-¿Se reconoce a sí misma como a una escritora perversa frente a esa imagen de escritora juvenil?

-No sé lo que es la perversidad: ¡me parece tan normal! En todo caso, es una perversidad inocente. Yo no me reconozco en nada, porque yo no sé quién soy. A veces digo: "¡Eh, sí, soy yo!"... pero no. Yo soy Alicia atravesando el espejo. Siempre estoy atravesando el espejo.

(Entrevista de Pedro Manuel Vállora)



Posible imagen de Ana María Matute

Por Pere Gimferrer

En el recuerdo de aquellos años, Barcelona era una ciudad en la que hacía mucho frío. Estoy hablando de mi adolescencia, y ninguna época resulta más adecuada que ésta para hablar de una escritora cuyo espacio imaginativo natural parece ser el tiempo adolescente. Las casas, por dentro, eran destartaladas, solemnes, hórridas, siempre de otra época, siempre con aquella mezcla de

aparatoso mal gusto ajado y de luz desconchada que parecía caracterizar al universo adulto: ser adulto, dejar de ser adolescente, era sin duda ingresar en este ámbito en el que al carácter anacrónico y como enfundado en cretona del mobiliario se aunaba cierta rigidez a un estado físico y moral, hasta tal punto que uno podía creer fácilmente que oía crujir las vértebras y articulaciones de los mayores, casi como huesos de pájaro o varillajes metálicos, con cada difícil movimiento, apenas concebible en un mundo cuya supervivencia parecía depender de la más perfecta inmovilidad. Yo me santiguo ahora al ver con qué inconsciencia muchas personas de mi generación han podido caer de nuevo en la misma trampa, y ser tan rígidos, tan poco flexibles, tan peones de otra ortodoxia, tan escasamente imaginativos como sus mayores: han llegado a ser, en suma, aquello que se juraron no ser jamás. Entonces y ahora –en aquella Barcelona fría, en aquel Madrid de hollín; también en esta Barcelona de luz, en este Madrid de nácar-, la escritura de Ana María Matute encarnó, y encarna, la subversión que parecía un privilegio efímero y frágil de la adolescencia.

Manifiestamente, la literatura era esto: no el sopicaldo que dispensaba en tacitas el periódico matinal, ni tampoco aquellos medallones de chafarrinones y de similar que exhibían los escaparates en la calle venteadada y gris como un fotograma en blanco y negro. No: la literatura eran aquellas palabras de Ana María Matute que surgían donde menos se las esperaba, los faros de aquel auto de línea que avanzaba por la carretera solitaria en un relato aparecido en un semanario femenino y quedaba grabado en la mente aun diríamos en la retina, con tanta intensidad como, muchísimos años más tarde, un coche parecido en alguna película de Víctor Erice, de Gutiérrez Aragón o de cierto Carlos Saura. Naturalmente, la poesía que de tales textos dimanaba era –como en el título de un relato de la autora que hace pocos años tuve la satisfacción de premiar en un jurado ferroviario presidido por Camilo José Cela- “de ninguna parte”: ni de aquí ni de allá, ni de un tiempo ni de otro, del lugar y el tiempo de Ana María Matute. Tal es, precisamente, el rasgo definitivo de quien es de verdad escritor.

En aquel cono de luz tamizada o cúpula de claridad invertida del recuerdo adolescente, la voz de Ana María Matute –poco más de treinta años podía tener ella entonces- emerge, en la estupefacción de la tarde narcotizada, de la carcasa de una radio. Le preguntaban qué libro le regalaría, y menciona los Evangelios. Le preguntan por los escritores jóvenes y responde que los Goytisolo darán mucho que hablar. Pero la persona, unida a la voz, mucho más tarda en aparecérsese: será ya al filo de mis veinte años, de modo fugaz en algún bar olvidado –¿acaso el Neguri?-, y luego, en Sitges, en el hotel Calípolis, en la cena de los premios de la Crítica, probablemente en 1972, al año de mi boda, cuando los obtuvieron Salvador Espriu y Francisco Ayala. Y aquí y allá y acullá: en este o aquel premio, o en la terraza de su antigua casa de la calle de Provenza, con una fortaleza medieval de madera, juguete para niña mayor, miniatura terribleísima en el regazo: o, ya está estación ferroviaria de aquel su cuento galardonado, permanentemente “Matutova”, como se lee en algunas traducciones eslavas, y como solía llamarla Jaime Gil de Biedma. Pero no vaya a creerse que todo esto es pacotilla de decires y de mohines entre amigos, no; cumple rendir homenaje, no a tal o cual cristalización momentánea de los humores de una época, sino a una escritora de cuerpo entero. Y, para hacerlo de modo cabal, es preciso acudir al punto de intersección temporal, en el que, en mi experiencia, se estableció el más fecundador diálogo con su escritura.

Era un verano montuno o montaraz, a fines de los años 50, en las sociedades del valle de Núria. Acababa de aparecer las obras hasta entonces de mayor aliento de la escritora: “Los hijos muertos”. Aun con algún reparo ocasional o menor, la crítica le había sido muy favorable. Y lo que, de modo disperso, había podido yo vislumbrar en algún cuento o en novelas más breves podía aquí desplegarse en su total granazón. La escritora ha tenido luego –en “Primera memoria” o en “La trampa” o en “La torre vigía”- otros momentos de plenitud, y los tendrá sin duda, de nuevo en el futuro, acaso ahora mismo, pero a “Los hijos muertos” le corresponde la doble prerrogativa o prioridad de haber sido ocasión para que por primera vez se expansionara el aliento fabulador y

poético que aparecía ya, cuan poderoso, en la turbadora novela inicial “Los Abel”, y también de haber constituido el lugar de un encuentro, en la vastedad pirenaica, que equivalió a un reconocimiento en mi trayectoria de lector. Aquellos nombres de personas o lugares –los Corvo, Hegroz-, con resonancia de sima mítica: aquella prosa galvanizada de imágenes; aquel lenguaje táctil y visual a un tiempo; aquellos parajes de monte abrupto, aquella ciudad –la mía- a la vez reconocible e irreconocible en la invención y el destello de la página; aquella guerra por mí no vivida, que se convertía, no en cromó edificante o en vinoso cartelón de romance de ciego, sino en este peculiar género de arquetipos trágicos que denotan una verdad profunda; y, acaso por encima de todo ello, aquella infancia crucificada, aquella adolescencia herida, aquel muñón de luz cautiva en los ojos que a un tiempo expresan el dolor, el deseo y la inocencia, ojos de niño visto con sensibilidad adulta, para decirlo en libre paráfrasis, cabalmente de cierto ensayo de T.S. Eliot que por entonces tradujo Jaime Gil de Biedma: así se me apareció, restallante en su plenitud e inalterable en ella ya el arte de Ana María Matute, que ha sabido ser también soñadora de un ultramundo de amores sombríos y de torreones ásperos. A ningún otro escritor se parece. Me dirán algunos que a Faulkner; ocurre más bien que su modo de no parecerse a nadie hacer pensar en el modo de no parecerse a nadie que Faulkner tiene. Le debemos hoscas baladas legendarias, viñetas urbanas o rurales, esquirlas de sagas bronceas, cuajarones de epopeyas de nuestro tiempo envueltas en papel de periódico ensangrentado. Le debemos, muy principalmente, este instante de revelación abismal que permite vislumbrar los intersticios del ser, lo que en lo hondo somos –“Yo sé quién soy”, decía don Quijote-, lo que la palabra común antes ignora que nombra, la comarca que sólo el poeta, o quien la alteza del habla poética ha conquistado, descubre para maravilla de cada lector. Era humosa y coqueta sin gracia y redicha aquella Barcelona; pero aquellas palabras de Ana María Matute eran muy de verdad y, aventada la ciudad del tiempo de impostura, permanecen.